

naturaleza humana, y á medida que más se aproxime á la naturaleza asegurará más la libertad. Es un error común á absolutistas y á socialistas el de creer que para fundar la sociedad el hombre necesita sacrificar su libertad. Así como en el espacio infinito caben todos los mundos, en la sociedad caben todos los derechos. Y es otro error creer que la sociedad tenga derechos contrarios á los derechos del hombre. Así como en el átomo se encuentran las cualidades primordiales de la naturaleza, se encuentran en el individuo las cualidades primordiales de la sociedad.

El átomo, sin perder su naturaleza esencial y sin contrariar las leyes, cobra mayor vida en el horno inmenso de la naturaleza, en la agregación infinita del universo; el hombre cobra mayor vida, más fuerza en la sociedad, en esa nueva naturaleza, que, lejos de robarle la libertad, la acrecienta y la consagra...

... El derecho es anterior y superior

al Estado. Negamos al Estado derecho para negar la libertad de trabajo, la libertad de crédito, la libertad de comercio, como la libertad de pensamiento, como la libertad de sufragio, como la libertad de imprenta. Los socialistas, como los absolutistas, creen que el Estado es la misma sociedad. Por eso creen que el Estado va á resolver el problema social. Pues bien, nosotros creemos que el problema social se resolverá por la moral, por la ciencia, por el trabajo, por la industria; y como el Estado no es ni la moral, ni la ciencia, ni la industria, ni el trabajo, negamos radicalmente al Estado capacidad para resolver el problema social; ni aún derecho para intentarlo, si ha de sacrificar un átomo de libertad humana... Y vosotros, que os llamáis demócratas, al meditar la libertad, desconocéis la democracia; y vosotros, que os llamáis socialistas, al elevar el Estado sobre el derecho, desconocéis la sociedad.

EMILIO CASTELAR

PÁGINAS LITERARIAS

¿Quién eres...? ¹

á Carmen Lira

A la salida de la ciudad, se encontraron dos hombres.

—¿De dónde vienes?

—No sé.

—¿A dónde vas?

—No sé.

—¿Cuál es tu país?

—No tengo país.

—¿Cuál es tu oficio?

—No tengo oficio.

—¿Quién eres, pues, quién eres?

—No soy nadie.

—¡Cómo! ¿No eres nadie?

—Sí, nadie.

—Yo veo que eres un ser igual á mí, que hablas, y si hablas vives, y si vives piensas, luego eres alguien; eres hombre.

—Sí, soy hombre, pero no soy nadie, para ser algo se necesita vivir entre los hombres, y yo, hace muchos años que vivo en la soledad abrumadora de mí mismo.

—¿Porqué no te regresas á la ciudad?

—Porque los hombres me dan miedo. ¡Me han hecho tanto daño! que siempre huyo de ellos. Adiós.

—Espera, espera.—¿No tienes ningún afecto en la vida?

—Ninguno, el afecto que tuve un día me lo arrebataron los hombres. Ellos destruyeron mis sentimientos. Adiós, voy de prisa.

¹ Comienza hoy nuestro distinguido camarada el Dr. Marín, á cumplirnos la promesa de su colaboración, con este cuadro en que el médico expone un caso de patología social. No veáis en él la prédica del pesimismo estéril, sino el resultado lógico que habrá que combatir, de los detestables regímenes sociales imperantes.